



# POTOTO

(A JOXEAN ARBELAIZ)

FELIX POLO ETXANIZ

**S**USPIRO desde la orilla. Tié más mugre que un cutero. Ya no fluye cristalino, límpido, claro, hialino como la primera vez, de niño, cuando a descubrirlo me llevó Pototo; para husmear por Gabierrota cómo rastrelaban algunos parroquianos cicateros, desertores del rosario de la aurora, afanando a linternazos angulas como txirpilla.

Aprovechaba el muy histrión para persuadirme de que tal abundancia angulera debió ser mayor aún antiguamente, pues su propio hijo Juanito las recibía a puñadas como propina por acarrear anchoas para todas las comadres de Santa Clara.

Las cuales, según él, era un zurriburri de mantis religiosas capaces de pasarse bitxintxo enteros restregando, para sanarlos, críos pachuchos en los evangelios, mientras miraban al propio Santo Cristo de Lezo como el cashero de Lintzin a sus bueyes. Pues habíanle pedido de solteras, salvación, dinero y buen marido, encontrándose a la vuelta de unos partos con una caterva de marrajos que les regateaban hasta el asperón para gastárselo en sidra.

Lo que inducía en ellas frenéticas kasketas de revancha y, para vengarse, sisaban a troche y moche derrochando en «pattarra» que escamoteaban hábilmente entre las fresqueras para darle los grandes metidos tras depilarse los bigotes de miquelete, que ufanamente lucían; pelo a pelo, los masocas.

Y, no satisfechas todavía, ensartaban horquillas en sus moños amenazadores emprendiéndola a novenas y rosarios jalonados de terribles letanías plagadas de conjuros contra las sidrerías, que no para los maridos, pues la timba de las pensiones de viudez aún no pitaba y no era cosa de enredar con el demonio.

Personaje éste que, por no ser de la tierra, tenía sin cuidado a Pototo y compañía. Más les preocupaba la vecindad de sorquinas, cuya pernicioso influencia procuraban espantar a gol-

pe de txistu y tamboril, pues quitado eso todo lo demás eran para ellos música de iglesia de difícil digestión para una cuadrilla de supersticiosos.

Condición ésta, unida a la espuela de rigor y a la chispa de suerte típica en los bribones, que les hizo perder el Topo del 13 de julio de 1913, repleto de donostiarras, ansiosos de jalear la corrida programada en Irún esa tarde, apretujados haciendo bueno aquello de que en el Topo como en el corazón de las mujeres siempre hay sitio para uno más.

Y como a falta de toros buena es cucaña, se abrieron a la bahía para seguir el rifirrafe que tuvo su apoteosis al anocheecer en el txoko donde las neurasténicas gemían a moco tendido, buscándolos como descosidas, pues los creían muertos o heridos en el accidente sufrido cerca de Ventas por el tranvía que no habían llegado a alcanzar.

Oportunidad que los intrigantes aprovecharon para atrincherarse en una taberna de beko-kale, improvisando una bananal republicana amenizada por las sacudidas de una campanilla, que, de cuando en vez, hacían repicar imitando los viáticos, provocando con el pitorreo tal zipi zape que el barrio hizo gau-pasa al borde del patatús.

Entre tanto, las trotaconventos dudaban si recibirles con arrumacos o con la escoba en ristre; pero aún no habían superado el sofoco cuando Pototo y «otro uno», para evitar explicaciones, se piraron a Saint-Jean, quedando concentrados a preparar las Magdalenas mientras el Rey desde Donosti decretaba el título de muy humanitaria para la ciudad fronteriza, por su abnegación ante la catástrofe ferroviaria.

De cuyo duelo participó nuestra Villa con singular énfasis en sus manifestaciones religiosas, para religiosamente también, arrancar a continuación las patronales con procesiones y salves, en las que no había manera de controlar al perla que nos ocupa.

Porque Pototo, gracias a Dios, era ateo.